

## 2

«EN ESTA GUERRA SE MATAN BASTANTE BIEN...»

En esta guerra se matan bastante bien unos a otros en el frente, sin embargo, puede que se masacre aún mejor en la retaguardia. Quizá, cuando termine la revolución, las ejecuciones sin juicio, los asesinatos políticos en serie y las complacientes matanzas de prisioneros que intentaban huir (¡por supuesto!) hayan causado más muertos que las verdaderas batallas. El gusto por la sangre se ha despertado en el inconsciente colectivo de este pueblo y eso lo conduce hacia los peores horrores.

En cada pueblo tomado por los gubernamentales o por los rebeldes, en el acto mandan al paredón a los habitantes que no han podido huir, y cuyas opiniones, conocidas por los vencedores, no gustan. En la sierra de Guadarrama, hay una aldea de pocos habitantes, donde todos los hombres han sido fusilados: primero los fascistas

durante la ocupación roja, después los partidarios de Madrid por los fascistas tras la retirada del enemigo. Si ha sido por error, pues qué pena. En este momento, en toda la Península, la vida humana no vale nada.

En ocasiones, se entregan a refinamientos propios de otras épocas.

En Fitero, en el corazón de Navarra, alrededor de cincuenta comunistas, tras saquear las cabañas, se llevaron a la montaña a dos muchachas de dieciséis y dieciocho años. Al día siguiente, es decir, ayer, se encontraron sus cuerpos desnudos y horriblemente mutilados en el fondo de un barranco.

Inmediatamente, centenares de campesinos salieron en búsqueda de los asesinos. Tras una larga caza del hombre, consiguieron atrapar a más de la mitad de los comunistas. Allí mismo mataron a tres de ellos. Al resto los llevaron a Fitero y, usando todos los recursos propios de la crueldad española, lo mataron con más saña que ciencia.

En Burgos, todas las noches oímos disparos. Son los fascistas ejecutando sumariamente a algún prisionero.

Esto ocurre en las afueras, en el camino que conduce a la cárcel, situada a cuatro kilómetros de la ciudad; es una bonita cárcel, totalmente nueva, hasta airosa, de piedra roja y blanca.

De día, el camino de apariencia tan cómoda que lleva a este infierno se encuentra plagado de mujeres que acuden a suplicar para que les den noticias de sus maridos, hermanos o hijos. Muchas de ellas han recorrido cuarenta o cincuenta kilómetros andando. Les sangran los pies en el polvo. Niños extenuados pesan en sus brazos o tiran de sus faldas.

Bajo la pañoleta negra, todas estas desgraciadas muestran el mismo rostro, lívido de cansancio y dolor.

Ante la puerta de la cárcel, se hacinan como moscas; mezclan las súplicas con lágrimas. Pero nada ablanda el corazón de los soldados de guardia.

—Deme noticias de Juan Martínez, de Soria.

—Está bien.

—¿Y Santiago Etxegarri? Dígame, señor soldado, dígame, ¿está vivo?

—Está bien.

La respuesta siempre es la misma, implacable y mecánica.

Entonces, las pobres mujeres ofrecen a los funcionarios un poco de pan, unas aceitunas o una botella de vino. Un centinela pasa las provisiones a otro compañero y regresa al puesto de guardia, aún insensible a sus ruegos.

Las desgraciadas se alejan un poco. Van a sentarse a un campo, con unas mantas rotas, un trozo de pan y su prole. Desde allí miran la hermosa cárcel de piedra roja y blanca. Otras toman de nuevo el camino que las llevará a su pueblo, sin volver la cabeza, en silenciosa desesperación.

Así es de día el Vía Crucis que, desde Burgos, se dirige a una de las cárceles más hermosas de España, que sin embargo cuenta con muchas, casi tantas como catedrales.

De noche... de noche... es otra cosa. Es un matadero.

Cerca de la central eléctrica, a mil quinientos metros de la cárcel, los fascistas han establecido un puesto de vigilancia.

Hacia la una de la mañana, cuando los camiones que transportan desde el frente su cargamento de prisioneros tiritando de frío llegan a ese punto, tras las incursiones en pueblos insumisos, el mando del puesto los obliga a detenerse, pasea la linterna por los rostros y sencillamente, señalando a dos o tres hombres, dice:

—Tú baja..., y tú también.

El camión arranca. Entonces, con el ruido del motor aún resonando, matan de un tiro en la cabeza a los pobres diablos que ordenaron bajar del camión.

A veces se añade un poco de picante al juego, obligando al prisionero a huir y disparándole como si fuera una liebre. Pero eso hace demasiado ruido. Y el tiro de revólver en la nuca está más de moda [*tachado en el original*], poco a poco va reagrupando todas las opiniones.

~~La autoridad militar~~ [*tachado en el original*].

El ejercito regular y los carlistas nunca participan en estos asesinatos pero hacen la vista gorda.

Anoche, para asegurarme de que no se habían inventado estas historias de masacres, me fui allí.

He podido acercarme hasta cien metros de la central eléctrica. No más cerca, ~~no he visto nada~~ [*tachado en el original*] porque el centinela que andaba por el camino me dio el alto.

No he visto nada. Sin embargo, ya no tengo ninguna duda.  
 Dos camiones de prisioneros pasaron delante de mi.  
 Se pararon delante de la fábrica.  
 Oí cinco tiros.  
 La vida no vale nada. [tachado en el original]

Note pour la rédaction.  
 J'insiste particulièrement sur le  
 fait que dans l'histoire de la  
 matanza des prisonniers, ~~il n'y a~~  
 pas un seul fait n'a été  
 inventé ou exagéré. Maintenant,  
 faites en ce que vous voulez.

Nota para la redacción:

Insisto especialmente en el hecho de que, en la historia de la matanza de prisioneros, no he inventado ni adornado un solo acontecimiento. Ahora bien, hagan con esto lo que quieran.

Manuscrito original de Louis Delaprée, perteneciente a la colección particular de Catherine Lincoln-Delaprée. Este reportaje, sin fecha, pero anterior al 2 de agosto de 1936, fue rechazado por *Paris-Soir* y nunca se publicó.

Nota manuscrita de mano de Louis Delaprée cedida por la  
 Colección de Lincoln-Delaprée.